

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
En provincias. { Semestre....	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Influencia de la mujer en la educacion moral de la niñez.—Almoneda (poesía).—Estudios históricos: Alfonso VII el Emperador.—La luz de los siglos.—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (continuacion).—Revista de modas.—Explicacion del figurin.

INFLUENCIA DE LA MUJER

EN LA EDUCACION MORAL DE LA NIÑEZ.

Desde la mas remota antigüedad la mujer ha venido ejerciendo un dominio relativo sobre los destinos del hombre. Débil, tierna y sumisa aquella, y arrebatado é impetuoso este, encuentra á veces en esa misma debilidad, en esa dulzura, un dique que encadena y sujeta su innata fogosidad. Infinitos ejemplos pudieran citarse de esta verdad, y una vez reconocida así, preciso es confesar que la influencia de la mujer en la educacion de la niñez es, no solamente grande, sino eminentemente necesaria.

Incumbe al maestro el desarrollo de la inteligen-

cia, la instruccion propiamente dicha; y es del dominio de la mujer grabar en el alma del niño el sentimiento de lo bello y fortalecerla con el de la fe, luz purísima y sacrosanta que refleja en los corazones y es la base mas sólida y segura sobre la cual estriba la educacion y la enseñanza. Nadie como la mujer, por medio de la persuasion y la dulzura, puede fecundizar el pensamiento, abriendo los corazones á la caridad y á la esperanza. El hombre tiene la fuerza del raciocinio para enseñar y dominar: la mujer la ternura para persuadir y deleitar.

En los niños precede siempre á la inteligencia el sentimiento; solo comprenden aquello que sienten y ven con toda claridad á la luz de su infantil imaginacion; por eso quien sabe persuadirlos ejerce sobre ellos una gran influencia, por medio de la cual puede enseñarles á comprender la verdad del sentimiento moral, despertando sus facultades intelectuales.

La virtud no se enseña, se inspira; y en esto consiste á veces el talento de la mujer, que sabe primero hacernos amar aquello que desean aprendamos: y de una manera dulce, casi imperceptible, nos conduce por el árido terreno de la enseñanza que, guía-

dos por la mano de un preceptor rígido, nos sería del todo insoportable. Pero la mujer, y sobre todo la mujer que es madre, que comprende los deberes de la educación y de la santa maternidad, esa tiene un encanto poderoso, ella sabe dominarnos, atraernos, y acaso, sin apercibirnos de su intento, enciende en nuestra alma la antorcha civilizadora del Evangelio.

La influencia de la mujer en todas las acciones de la vida es inmensa, decide de nuestros sentimientos, varia á veces nuestras opiniones y quebranta nuestros gustos. Es una forma moral que cada día se hace mas palpable, siguiendo en prodigiosa escala á medida que el desarrollo intelectual en aquellas va tomando mayores proporciones. De aquí la necesidad de consagrarla á la educación y de fomentar su instrucción. Concédasela formar el corazón de los niños; ella los hará buenos, religiosos y tiernos, y, una vez arraigadas en su alma las semillas de la virtud, pueden sin temor entrar bajo la influencia del preceptor para que cultive su inteligencia, y á los óptimos frutos de amor y caridad que la mujer ha sembrado en ella unir los del talento, evitando así el escollo de ver viciadas y pervertidas muchas naturalezas privilegiadas, que serían altamente notables conducidas por el primitivo camino de la enseñanza, el único que la mujer puede enseñarnos: *la caridad y la fe*.

FAUSTINA SAEZ DE MEOGAR.

Marzo de 1864.

ALMONEDA.

Lectoras, fijad los ojos
en este pobre papel:
ni un punto hallareis en él
que os pueda causar enojos.
Ofrezco á vuestros antojos
una buena proporcion,
donde cualquier corazón
podrá equiparse á mansalva,

y pues que la pintan calva,
aprovechad la ocasión.

Vereis en mi mostrador
singulares mercancías;
no se hallan todos los días
cosas de tanto valor.
Vendo, entre otras, una flor
que es de los males templanza;
comprendereis lo que alcanza
su aroma puro y fecundo,
cuando os diga que en el mundo
lleva el nombre de *esperanza*.

Vendo una piedra preciosa
de incomparables fulgores;
son tan bellos sus colores
como el color de la rosa.
Una virtud prodigiosa
encierra en su fondo, y sé
que no necesitaré
elogiarla, diciendo
que aquea piedra que vendo
es la piedra de *la fe*.

Tengo pasta de *experiencia*
de la mejor que se encarga,
pero por ser muy amarga
se ha de tomar con prudencia.
Si se abusa de su esencia
gastándola para antojos,
produce tristes enojos;
siendo tan fuerte su agravio,
que arranca quejas al labio
y lágrimas á los ojos.

Inmejorables surtidos
de *pesares y desvelos*;
dos ó tres tomas de *celos*,
muy propias para maridos.
De *sueños desvanecidos*
tengo también un caudal,
y una piedra mineral
en cualidades tan rica,

que asegura y fructifica
el *cariño conyugal*.

Un poquito de *inocencia*,
aunque buena, muy escasa;
pero en cambio hay en la casa
un tonel de *indiferencia*,
una botella de *ausencia*
que da grandes resultados,
pues los mas enamorados,
cual si no tuvieran nada,
á la cuarta cucharada
se quedan ya consolados.

Vendo una estraña emocion,
una locura, una llama,
un *no sé qué* que se inflama
en medio del corazon.
Amor es, en conclusion,
y algo el uso le complica;
mas pienso que perjudica
ó sienta perfectamente,
segun el mal del paciente
y la dosis que se aplica.

Hay completa variedad
de espejos, donde se mira,
por un lado la *mentira*,
por el otro la *verdad*.
Llámanlos de *sociedad*;
si los comprais, como espero,
vereis que el lado primero
imita al otro; de suerte,
que raras veces se advierte
el falso del verdadero.

Vendo un pedazo de *honor*,
vago espectro, tal quimera,
que solo en la mente impera
su yugo dominador.
Por prenda de gran valor
ufano el hombre le abona,
pero cualquiera persona
hallará, si lo examina,

que por un bien que origina,
muchos males ocasiona.

Tengo buenas pacotillas
de polvos de *caridad*,
que tomados con bondad
suelen hacer maravillas.
Hay escelentes pastillas
de sublime *sentimiento*,
y por raro experimento
puede ofreceros mi ciencia,
para una mala *conciencia*,
un buen *arrepentimiento*.

Vendo una perla, solo una,
que aunque parece muy cara,
es tan hermosa y tan rara,
que apenas se encuentra alguna.
Ni riqueza ni fortuna
se consiguen al tenerla,
mas en llegando á perderla
no se alcanza ni recobra:
sabad, y con esto os sobra,
que es la *virtud* esa perla.

De tanta niña graciosa
para adornar el semblante,
tengo un surtido brillante
digno de la mas hermosa.
Los perfumes de la rosa
y sus matices mas bellos,
de una estrella los destellos,
de la aurora el dulce llanto,
del cielo el límpido manto,
y de un ángel los cabellos.

Pero mi mayor riqueza
en cierto consejo existe,
el cual las almas reviste
de inmaculada *pureza*.
"Si no podeis en belleza
llevaros siempre la palma,
ni os quiten celos la calma,
ni perdaís vuestro reposo,

*que el rostro siempre es hermoso
si se tiene hermosa el alma.*

Yo no tengo en mi almacen
precio fijo ni tarifa;
todo se vende y se rifa,
y el comerciante tambien.
Para comprar este Eden,
pues cosas tan buenas son,
propongo una condicion
con la que ganar intento:
*si quereis mi pensamiento
dadme vuestro corazon.*

ADOLFO LLANES Y ALCARÁZ

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO VII EL EMPERADOR.

I.

El reinado de doña Urraca, hija y sucesora del noble monarca D. Alfonso VI, fue, digámoslo así, un doloroso paréntesis colocado por la Providencia entre los gloriosos hechos de aquel gran Rey, y los que igualándole, si no escediéndole, debía realizar mas adelante su augusto nieto el Emperador.

El segundo enlace verificado por aquella señora con el Rey de Aragon, no fue sino un manantial fecundo de disturbios, promovidos, ya por el carácter áspero y adusto del uno, ya por la vida poco recatada y harto licenciosa de la otra.

De esta manera, aquel matrimonio, llamado á ser el lazo de union entre dos pueblos tan poderosos como el castellano y el aragonés, fue, por los encontrados caracteres de los cónyuges, la manzana de la discordia que hizo estallar entre uno y otro guerras y rivalidades que duraron por largos años, ensangrentando en muchas ocasiones los campos de batalla. La muerte de la Reina, acaecida el dia 8 de marzo de 1126, vino casi á poner término á aquella situacion turbulenta y desastrosa, colocando definitivamente el cetro de Castilla y Leon en manos

de su hijo D. Alfonso Raimundez, habido en su primer matrimonio con el conde de Borgoña.

Ocupado el trono castellano por el nuevo monarca, si bien falto de años, sobrado de valor y de admirables prendas, el fuego de las discordias civiles se apagó por completo.

El conde de Lara y el revoltoso Obispo D. Diego Jelmirez, principales avivadores de las revueltas, doblan la rodilla ante el empuje de D. Alfonso, y el Rey viudo de Aragon, arrojado de Búrgos, Castrojeriz, Carrion, Villafranca de Montes de Oca, Nájera, Belorado y otras plazas que de la pertenencia del castellano retenia, conoció, bien á pesar suyo, que el cetro débil en manos de una mujer, acababa de cobrar vigor y vida empuñado por un príncipe joven y animoso.

Sosegadas así las cuestiones interiores, D. Alfonso volvió sus armas contra los infieles, que, ensoberbecidos con la impunidad gozada durante el mando de doña Urraca, habian en mas de una ocasion hollado con sus corceles los floridos cármenes de la vega de Toledo.

En su primera embestida llegó el joven Rey hasta el estrecho gaditano, sembrando á su paso el terror y la muerte, volviendo á su corte cargado de esclavos y despojos, sin la menor desgracia, haciendo conocer á los enemigos de Cristo que no se desafiaba ya impunemente el poder de Castilla.

II.

Elevado ya el reino á gran altura por los anteriores sucesos, vino á prestarle nueva fuerza el matrimonio del monarca, verificado en Saldaña con la hija del conde de Barcelona, doña Berenguela, señora de tan peregrina hermosura como de notables virtudes y extraordinario talento.

Este enlace, ademas de proporcionarle una dulce y cariñosa compañera, que, unida á su hermana doña Sancha, le ayudaba con sus consejos, le valió tambien una alianza politica con el conde catalan, que vino, como llevamos dicho, á robustecer mas y mas la preponderancia de su monarquía.

La muerte de su enemigo el Rey de Aragon el Batallador, y la desmembracion del reino de Navar-

ra, le elevan de nuevo de tal manera, que, no solo los monarcas españoles, sino muchos príncipes extranjeros, acuden á prestarle pleito-homenaje, dándole con esto motivo fundado para ceñir á sus sienes la corona imperial, que toma en la iglesia de Santa Maria de Leon el dia de la Pascua del Espíritu Santo.

Para memoria de este suceso se colocó en el referido templo una estatua de piedra que representa á D. Alfonso adornado con las insignias imperiales.

¡Qué cambio tan notable se opera en el seno de la monarquía castellana en el breve periodo de unos cuantos años!

El reino de doña Urraca, envuelto entre el torbellino de la guerra civil, debilitado por algunos orgulosos nobles que se alzan á su antojo con villas y castillos, y á los cuales se ve la Reina obligada unas veces á respetar y otras á reducirlos á prision;

Turbado por el desasosiego de los pecheros y villanos que, empezando á conocer su fuerza, llegan, como sucedió en Sahagun, hasta formarse en hermandad, y levantar sus armas contra la frente de sus señores, imponiéndoles la ley;

Mermado por la espada del Rey de Aragon y combatido continuamente por los sectarios del Corán, que rompen en terribles algaradas por sus fronteras, seguros de no encontrar una lanza que detenga su paso;

Entregado á merced de los favoritos de una Reina liviana y caprichosa, se alza pujante, regenerado, imponiendo leyes á sus ofensores, y estendiendo su influjo hasta mas allá del Pirineo.

III.

En un estado tan floreciente el reino castellano, bajo la dirección de un príncipe tan joven y tan poderoso como D. Alfonso, parecia como que una paz duradera y estable vendria con su benéfico influjo á terminar una obra tan felizmente y bajo tan buenos auspicios comenzada.

Pero no fue así por desgracia.

No era el siglo XII la época mas á propósito para deponer las armas.

En el seno de aquella sociedad guerrera y ardien-

te se agitaban con una fuerza terrible poderosos elementos de perturbacion que, aunque contenidos, debían romper bien pronto el dique que los sujetaba.

Una alianza hecha contra el castellano entre el príncipe Alfonso Enriquez de Portugal, en quien ardía siempre el deseo de hacerse independiente, y el joven y activo Rey de Navarra, D. García, ansioso de sacudir el yugo, alentado mas y mas por las traiciones de los dos turbulentos condes gallegos, Gomez Nuñez y Rodrigo Perez Velloso, vino á obligar de nuevo al Emperador á salir á campaña.

Su ejército, dividido en dos cuerpos, cayó sobre los estados de sus enemigos; pero al paso que la victoria acariciaba las banderas de la hueste que en persona conducia, logrando considerables ventajas sobre el navarro, el otro cuerpo de ejército era batido por los portugueses, que, apoderándose del castillo de Allariz, á pesar de la brava defensa de su gobernador Fernando Joanes, y derrotando en Cerneja á los condes Fernando Perez y Rodrigo Vela, se enseñorearon por completo de la parte meridional de Galicia.

En Zamora tuvo el Emperador noticias de las victorias de los portugueses, y deseando tomar de ellas una rebancha cumplida, partió hácia el teatro de los sucesos, ocupando á Tuy sin necesidad de pelear.

Alcanzada esta ventaja, y cuando reunida una numerosa hueste se disponia á comenzar las hostilidades, el conde Enriquez le pidió la paz, allanándose á cuantas condiciones impuso el castellano.

El dia 4 de julio de 1137 fue firmado en Tuy el pacto por el portugués, en presencia de los principales nobles y Obispos de sus Estados.

La causa que movió á hacer este desventajoso arreglo á aquel conde tan celoso de su independencia, fue una acometida que los sarracenos hicieron por sus tierras, donde, despues de derrotar á un cuerpo de milicia del pais, tomaron el castillo de Leiria, pasando á cuchillo á sus defensores.

Tranquilo ya por esta parte el Emperador, volvió sus armas contra los infieles, y penetrando en la Andalucía se derramó como un torrente por Jaen, Baeza, Úbeda y Andújar, llevando el terror y el espanto por aquella tierra enemiga.

Pero esta expedición que empezara de una manera tan favorable, no terminó como D. Alfonso esperaba, de manera que dió la vuelta á Toledo con la amargura de haber perdido un cuerpo de estremeños que fue degollado por separarse del ejército con objeto de saquear, y con el dolor que le causó el desgraciado fin del conde Rodrigo Martínez, muerto de un flechazo que le atravesó la armadura al pie de los muros de Coria.

IV.

Dispuesto siempre D. Alfonso á no dejar impunes los reveses que los musulmanes le causaban, por aquello de que los corazones enérgicos procuran siempre llevar á cima las empresas difíciles, preparó para la primavera del siguiente año (1139), como compensación del mal resultado que tuvo en Coria, la conquista de la plaza de Aurelia, fortaleza que poseían los moros á ocho leguas de Toledo, y la mas importante, á no dudarlo, de las de aquella frontera.

Á la cabeza de su hueste cayó el agosto monarca sobre la ciudad, centro de donde partían las principales algaradas contra sus Estados, y á pesar de la bravura de sus defensores, el cerco se apretó de tal manera, que su alcaide se vió obligado á pedir una tregua hasta que el Emperador de Marruecos le enviase socorros.

(Se concluirá.)

JULIAN CASTELLANOS.

LA LUZ DE LOS SIGLOS.

Dios solo es grande, Dios solo es justo, Dios solo es misericordioso. Él cierra las puertas del pasado, Él reina sobre el presente, solo Él penetra los abismos del porvenir.

Cuando el alba asoma su frente de plata tras las colinas y deja caer límpidas perlas sobre el césped, es Dios que se sonríe. Cuando la tierra se estremece y la mar ruge alborotada, es Dios que se enfurece. ¡Polvo son los alcázares, polvo las cabañas!

Inútil es la riqueza, la hermosura, el poder: Dios ha escrito en los escombros del pasado la terrible palabra NADA.

¡Bendita sea su fuente de sabiduría!

El ángel de la noche cobija con sus alas al mundo: la luna brilla en el azul del cielo; la brisa viene á estrellarse sobre mi frente, que no se doblega á los recuerdos.

Á mis ojos aparecen las torres de una antigua ciudad como una comitiva de espectros; á mis oídos llega el sordo rumor de una corriente. Es el rey de los ríos que murmura consuelos á las plantas de la mas querida de sus favoritas, de la joya de Augusto, de la Sarakusta de Amad Dola, de la ilustre Zaragoza.

¡Ven, genio del Ebro, ven!

Diosa que velas el sueño de mi patria, ven á mí, llega, querida de mi alma; yo te amo casi tanto como á mi Sarakusta.

Yo quiero cantar á la tradición piadosa que los siglos se han legado unos á otros y que hoy conserva aun su primitivo aroma.

¡Escuchad!

Los ángeles malos habían descendido á la tierra; un monstruo colosal se paseaba triunfante en su carro de oro.

Era Roma.

El orgullo de esta deidad que perdonaba á los hombres para hacerlos esclavos, llegó á su colmo.

Dominadora del orbe, quiso crear ídolos que autorizasen sus desaciertos, y el mundo se pobló de dioses.

El Olimpo espuso á Jove coronado de fuego y dominando las tempestades, á Neptuno navegando sobre una concha y llevando en su mano el cetro de los mares, los ríos y las fuentes, á Saturno devorando sus propios hijos, á la Vénus de Chipre coronada de rosas y rodeada de amores y palomas, los bosques tuvieron faunos, las montañas centauros, las cañadas sátiros, los mares y las fuentes sirenas y ondinas, y las nubes peris de singular hermosura.

Los ángeles de la misericordia, celestiales espíritus de blancas alas, corrieron á las plantas del Señor implorando perdón para el hombre.

El llanto de aquellos ángeles descendió en forma de rocío sobre la tierra; allí donde cayó, nació un hermoso rosal de flores blancas.

Era el cristianismo.

Las brisas del cielo acariciaban dulcemente aquel arbusto maravilloso.

El Norte abrió sus grutas á los huracanes, que avanzaron rugiendo sobre las pobres flores.

Nada podía lograr su destrucción.

Hubo día en que el sol asomó rojo en el Oriente, y una neblina de sangre envolvió á los rosales recién brotados; pero al fin la niebla se disipaba y aparecían los arbustos mas frescos y lozanos.

En la orilla del Ebro nacieron las primeras rosas: la sangre de los mártires augustanos podía formar un río para fecundar los laureles de Samaria.

Los ángeles del Señor batieron sus alas con alegría; la luz de la verdadera ciencia comenzaba á brillar por entre la oscuridad gentilica.

Dios, desde su trono de soles, tendió una mirada sobre la ciudad romana, que bajo sus templos idólatras guardaba sepulcros de cristianos, y la columna de los ángeles se alzó junto á las tumbas del soldado Lamberto y de la virgen Engracia.

Era el pedestal de la gloria, el paladion de la fe augustana, el pilar sagrado sobre el cual se estrecharon siempre los huracanes de Roma, de Damasco ó de las Galias. El nombre de la Virgen del Pilar lo llevaban en sus labios Voto y Félix cuando desde los peñascos de Urueñal señalaban á los aragoneses las campiñas de su patria taladas por el árabe conquistador; el recuerdo de la Virgen del Pilar tornaba en héroes á nuestros abuelos, cuando en las trincheras de la inmortal Zaragoza, sobre montones de cadáveres y escombros, hacían conocer al mundo que el águila de Wagram y Austerlitz no era invencible, y que el ejemplo de Numancia no había sido olvidado por los hijos del Ebro.

Y esos dos recuerdos confundidos de Religión é Independencia viven y vivirán eternamente allá en la magnífica mansion que á las márgenes del Ebro, reflejando en sus cristales sus botareles de colores, se levanta majestuoso con toda la sublimidad de la tradición mas venerada.

JOAQUÍN TOMEY Y BENEDICTO.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Continuacion) (1).

¡Tantos vestidos, mientras que algunas madres serian felices con poder cubrir la desnudez de sus amados hijos, y no tienen un pedazo de lino ni una vara de lana con qué envolverlos!

No me envidieis sin embargo, ¡felices madres! vosotras resistís el frío y la intemperie, el hambre y la miseria, porque teneis para alimentaros los besos de vuestros hijos.

Yo, planta exótica, que jamás daré al mundo flor, yo que moriré como he vivido, encerrando la savia y los perfumes en el fondo de mi angustiado corazón, ¡qué envidia os causaré cuando me veais pasar por vuestro lado, crugiendo brillantes sedas y despidiendo aromas que he ido á buscar al bazar de un químico ó que he entresacado entre mil botellas de una elegante perfumería!

El olor de la punzante alhucema que despidieran las blancas ropitas de mis hijos, seria para mí la felicidad, la vida, el paraíso.

Y, sin embargo, no me casaré jamás. No mentiré amor á un hombre, mientras le rechaza con todas sus veras mi desolado corazón.

¡Él! ¡siempre él! ¡Él!... ¡preso!... ¡encadenado!... ¡perteneciendo á otra! ¡á otra que le llama su Arturo!

Si yo pudiese decir: ¡Ese que veis, tan hermoso, tan elegante, lleno de perfecciones, de juventud, de felicidad, ¡es!... ¡es!... ¡sí! es... ¡mi esposo!... ¡mi marido!... ¡mi Arturo! ¡Me lo dió la Iglesia! ¡Nos bendijo un sacerdote, un hombre bendito que tiene el poder de hacernos cristianos, de darnos un ser que parta con nosotros su vida y su alma, y para mas

(1) Véase el número anterior.

felicidad es un pastor sagrado que nos guía continuamente, que escucha nuestras culpas y nos aconseja sabiamente, y nos da el rico manjar de la Eucaristía, y mas tarde la bendición para que subamos al cielo!...

Un ser que representa á Dios mismo, y que, mirando por la débil mujer esclava de los tiranos, les dijo á estos con su autoridad infinita:

«La que hoy miras como sierva, será tu compañera, tu amiga, tu mujer.

«Partirás con ella tus bienes, tu pan, tu lecho.

«La amarás como á ti mismo, y la honrarás y la respetarás siempre.

«Llevará tu nombre, y sus hijos serán tus hijos.

«Vivireis bajo un mismo techo, y la paz y la tranquilidad serán con vosotros.

«Ella enjugará el sudor que brote vuestra frente para ganar el sustento.

«Ella os amará y os consolará en las grandes aflicciones de la vida.

«Por eso la he dado una voz dulce y cariñosa.

«Por eso la formé toda de amor y ternura.»

¿Qué soy yo, pues, si no he de cumplir en el mundo la misión á que fui destinada?

¿De qué me sirve la hermosura, la posición, la grandeza, si no he de partirla con él?... ¡Con ese él, que es el sueño de la mujer desde que viene al mundo!

Y, sin embargo, despierto donde quiera la envidia; por todas partes oigo acentos que dicen: ¡Qué hermosa, que feliz!...

¡Vamos! ¡vamos á aturdirnos de nuevo!

Mis amigas me esperan; pongámonos hermosa para que esas infelices que se creen dichosas porque llevan un rico vestido y un sombrero elegante, me crean tan superficial como ellas y murmuren sordamente palabras de emulación...

Dejadlas que me miren, que escudriñen el estado de mi alma. ¡No! ¡nunca lo adivinareis! ¡nunca!

El mundo se engaña fácilmente, y luego es una mas feliz en la soledad con Dios.

Y diciendo esto, Julia entró en su tocador, saliendo despues de él tan ataviada y hermosa, que la hubiera tenido envidia la misma Adriana de Car-doville si hubiese podido verla.

Dos carruajes pararon al mismo tiempo á la puerta. En uno de ellos subió Julia, y resonaron los besos de las amigas que la esperaban.

¡Cuánta falsedad encierran los besos de las mujeres! ¡Qué divertido es ver dos rivales, dos antagonistas, dos caracteres opuestos, dos amantes celosas buscando con sus rosados labios las mejillas de una mujer que tiene por su enemigo mortal, que es ó puede ser la causa de su desesperación ó de su desgracia!

¡Cuántas darian con mas gusto un mordisco que un beso!

¡Y, sin embargo, aquel beso suena claro, estrepitoso, alegre como el de la amistad sincera, puro como el del cariño, apretado como el del amor!

¡Sacilegio femenino! ¡Profanación sin sustancia! ¡Sacrificio estéril! ¡Sí, estéril! Porque esas dos mujeres no se engañan mutuamente. Saben muy bien que se aborrecen.

Ese beso entre ellas no puede ser un lazo de reconciliación, ni menos una prueba evangélica de humildad.

Ellas no se perdonan fácilmente la ofensa que se hizo á su amor propio ó á los tiernos afectos de su alma. Nunca volverán á ser amigas; aquellos corazones se alejaron para siempre; y, sin embargo, sus rostros se aproximan, sus alientos se confunden, sus labios oprimen aquel rostro que tanto les martiriza, y al mismo tiempo las manos se estrechan en mayor prueba de fraternidad.

La mujer mas celosa de sus caricias, la que por nada del mundo desvirtuaría su pudor, imprimiendo los labios en un rostro varonil, aun amando apasionadamente, prostituye sus sentimientos, y se convierte en un falso Judas á cada instante en medio de la sociedad.

¿Y... quién la obliga á ello? ¡Quién la manda hacer un sacrificio que de tal modo rebaja la pureza de sus sentimientos? ¡Cómo vende así la verdad! ¡Cómo transige tan descaradamente con la mentira! ¡Quién le ha ordenado hacerlo? ¡Sus padres acaso! ¡No! los padres jamás enseñan á mentir á sus hijos. ¡Es la Religión quizás? ¡No! la Religión es la fuente de la verdad misma. La Religión manda perdonar, pero no mentir.

¡Pues qué poder es tan grande, tan inmenso, que obligue á esa venta continua, á esa falsedad culpable, á ese sacrificio constante, á esa mentira falaz?

¡Es... la moda!... ¡no os asusteis!... ¡es la moda!...

Esa tirana de las mujeres, esa reina absoluta del mundo, esa caprichosa beldad que convierte los seres en arlequines, ha dicho á la mujer:

"Besarás á tu enemiga, la apretarás la mano, y te guardarás muy bien de que al besarla te ataque la hidrofobia que sientes contra ella."

La Religion hubiera dicho:

"Perdonarás á tu enemiga y la pedirás perdón de tus ofensas."

Pero la moda ha dicho:

"Aborrecerás á tu enemiga y la acariciarás como á tu madre misma, mientras la vendes, la ultrajas y afilas los dientes para morderla cuando se vuelve de espaldas."

Y la mujer ha consentido gustosa en ello, como consiente á veces en ponerse un traje riquísimo que la arrebatara para siempre su blanco velo de pudor y su corona de virgen.

¡La moda! ¡Qué no conseguirá la moda entre las gentes que tienen que andar por el gran mundo?

Por un aderezo de moda, bien puede venderse la tranquilidad de una familia; por un carruaje, la buena fe de un esposo; por un título, parte de la existencia ó de la vida eterna, si es apuradillo el caso.

Porque, ¿quién vive sin coche? ¡Se ha hecho tan de moda! ¿Quién vive sin titular? ¡Es una moda tan elegante!... ¿Cómo va una mujer á un baile con un aderezo antiguo? ¡Eso sería imperdonable! ¡Poquita murmuración que habría!...

"Doña Fulana trae el aderezo de su abuela. Ya se lo hemos visto veinte veces. Aun no se lo han comido los ratones. En esa casa, por lo visto, no entra la polilla."

Y una sonrisita burlona acompaña estas frases.

La sociedad es muy oportuna para reír. ¡Se rie de unas cosas!...

Una pobrecita jóven, bonita y fresca como una manzana, la gusta ser elegante; pero se aviene á serlo poniéndose un trajecito inferior: traje que fue de su madre.

Como es bella y tiene quince años, todo la sienta

bien: va á una reunion de su clase, donde han tenido entrada cuatro *dandys*, de esos que siempre llevan bota de charol, sombrero de primera y brillante corbata, aunque deban eternamente, no solo la corbata, el sombrero y las botas, sino hasta el estirado cuello de la camisa.

Aquella preciosa muchacha llama su atención; la hacen el honor, á pesar de la diferencia de clases, de sacarla á bailar; la miran de alto abajo los amigos del prójimo, que están en un rincón burlándose de todo, y esclaman riendo:

—¡Es una pobre *cursi*! ¡Qué horror!

—La niña lo nota. Sabe muy bien que su pobrecito traje ha causado la hilaridad de aquellos hermosos mancebos, á quien deseaba agradar con toda su alma.

Se agita, se oprime su corazón, se avergüenza, quiere llorar, se iría, aunque fuese sola, á su casa á esconderse en un rincón donde las gentes no la viesen siquiera.

Se llega á su pobre madre, que, sentada en un rincón, creía que su hija estaba bien para presentarse en cualquier parte, y la dice haciendo pucheros, como un niño chiquito:

—¡Madre mía, se burlan de mí! Me han llamado *cursi* porque la tela de mi traje no es de moda.

—¡Pero la hechura lo es, y... en fin, tú vienes tan bien como la primera!

—¡No, mamá, no! Todas traen ligeras granadinas, bonitos adornos formando en la cabeza quiquiriquí, elegantes mirñaques sin cadera, guantes con tres botones, y yo vengo hecha una caroca, un adfesio, una pobretona, que no debe tener derecho á entrar donde todos van vestidos de moda.

—Este es un baile humilde; y, en fin, tú no eres duquesa: eres una pobre artista.

—¡Madre, hoy todas visten de moda!

—Cada uno se pone lo que tiene.

—¡Madre, madre, yo necesito un vestido de moda!

—En mis tiempos se apreciaba la mas humilde.

—¡Madre, yo no tendré novio mientras no esté á la moda!

—¡Hija mía, avente á tu pobreza! ¡Yo no te puedo costear otra cosa!

—Yo trabajaré, y estaré á la moda.

La niña se retira á su casa, empieza á trabajar, llorando amargamente cuando recuerda que aquellos elegantes la despreciaron, la llamaron *cursi* y se mofaron sin piedad.

¡Cuántas veladas sin dormir! ¡Cuántos días comiendo pan y agua para costear un vestido superior á su clase!

¡Un vestido con el cual brillará un día, teniendo al siguiente la misma necesidad y la misma exigencia!

¿Se contenta acaso la moda con un traje que dure hasta que se desluzca siquiera?

¿Admite la sociedad muchas veces uno mismo sin reirse de aquella monótona repetición?

Tan pobre es hoy una linda muchacha con un vestido, como con ninguno.

Donde no hay variedad, no hay gusto; donde no hay lujo, no hay grandeza, y donde no hay grandeza, no hay hermosura.

Leed las crónicas, donde hablan de reuniones (hoy *soirées*), y vereis lo que dicen.

"Anoche celebró reunion la muy distinguida señora doña L. de R., donde asistió lo mas notable y distinguido de Madrid. La mas hermosa y elegante juventud, y cuanto de mas notable encierra la coronada villa, lucia sus encantos en estos aristocráticos salones."

—¡Lo mas notable y distinguido de Madrid, de Sevilla, de Pekin ó de Rusia!... ¿Sabeis quién es, curiosos? Pues os lo voy á decir. Lo encopetado, lo sublimado, lo celebrado, lo adulado y lo encumbrado, son las familias que han descubierto la piedra filosofal, y pueden seguir paso á paso la petulante y descarada moda.

Si quereis ¡oh mandarines!
que os tengan por distinguidos,
estrenad buenos vestidos
copiando los figurines.
É imitando al extranjero
cual pudiera hacerlo un mono,
sereis persona de tono
y os llamarán caballero.
Tendreis en la corte toda
albricias y besamanos,
que hoy tan solo son villanos
los que no visten de moda.
Y tendreis cruces y escudos,
grandes armas y blasones,

mientras otros pobretones
con talento, viven mudos:
que no hay para figurar
y pasar por entendidos,
como llevar los vestidos
acabados de estrenar.

Ya podeis figuraros que estos versos los componia algun sastre, dejándolos como por casualidad en las mesas de los cafés para que los leyese los elegantes, y en vista de que no podian ser hombres de pro ni de ciencias sin llevar la ropa flamante, se aumentarían los parroquianos, que es lo que él iba buscando con sus perversos versitos.

Y no fue tan tonto como mal poeta; pues al otro dia el Ateneo, las bibliotecas de lectura, la Universidad y todos los sitios donde se podia aprender algo, estaban vacíos, y la casa del jefe de arlequines que no se podia echar un alfiler en ella.

Yo creí que esto de trastornar la cabeza con la moda era solo patrimonio de las mujeres; pero aquel dia vi que los patilludos hombres tambien la rendian culto.

Algunos con caras de Holofernes se dejaban trastornar por el sastre, como gato recién nacido por un muchacho travieso.

¡Y poquito que se fijaban en los espejos para verse con el traje nuevo!

—¡Maestro, maestro! decian; que eche V. los ojos del lado izquierdo muy grandes, muy grandes, como ventanas si es posible, que hay que colocar en ellos las cruces, cintas y entorchados que vamos á ganar por ir á la moda.

El maestro se hizo sangre en los labios por no reir, viendo tanto grave señor tratados por él como ignorantes reclutas; y embolsándose las ganancias extraordinarias con un aplomo magistral, dijo interiormente:

—El hábito no hace al monge, bárbaros; pero el monge me hace á mí rico. Y... ¡vamos andando! ¡Benditos sean los franceses, que todos los meses nos mandan figurines! ¡Y siga la danza, y vamos bailando!...

Y el bueno del hombre daba cada salto que le daba al techo.

Pero volvamos á la pobre muchacha del baile, antes de continuar nuestra principal historia.

Al domingo siguiente aun no habia reunido con su trabajo, vigiliias y abstinencias para vestirse á la moda; pero no por eso desmayó en su propósito, y al cabo de un mes, en que madre é hija se quedaron como estatuas de pasar trabajos, salió la niña como una princesa; ¡como que nadie conoció que eran artesanas! Esto las puso mas huecas que canasta de lavandera, pues en verdad es muy grato á las gentes pasar por lo que no son y dar un chasco á cualquiera.

Lo cierto es que aquella tarde no se rieron de la niña, y tuvo á su alrededor los mas bonitos pollos de Madrid, y algun otro gallo, de esos que gustan mas de una muchacha del pueblo que de todas las marquesas mas encopetadas.

Nadie la dijo *cursi*; pero en cambio cada cual formó su composicion de lugar, siendo el mejor de los juicios:

—¡Si le habrá tocado la lotería!

—¡De dónde ha sacado ese tren!

—¡Aquí hay gato encerrado!

—¡Quien será él?

—¡Persona gorda, no hay duda!

—¡Y la madre tan emperejilada como la hija!

—¡Bueno está el mundo!

—¡Qué lástima! ¡Tan bonita! ¡Con tan pocos años!

—¡Pues de aquí ya puede sacarse partido!

—¡Sitiemos la plaza!

—¡Pronto se rendirá!

—La hablaremos de casamiento, para que me crea un *primo*.

—¡Y parece una gazmoña!

—¡Pues tan inocente y todo ha sabido buscar quien la vista elegante!

—¡Antes parecía una Cuaresma!

—Estaba hecha una niña vieja con el vestido de María.

—¡Ahora parece mas bonita!

—¡Y mas tratable!

—Antigua y honrada, ¡quién se iba á acercar á ella?

—¡Eh! ¡Una de tantas!

—Cayó como caen otras. Esto es lo que nos conviene.

Y la inocente niña, puesta en evidencia de una

manera tan cruel, tan desapiadada, tan impía, estaba que no cabia de gozo en aquel salon.

La madre se ponía mas tiesa que un magistrado, sin acordarse de los malos ratos y las hambres que le costaba aquel traje, principio del deshonor de su tierna hija.

Ninguna brilló como ella: todos se disputaban tan linda joya, y... ¡cosa rara! todos estaban apasionados, por cuanto le apretaban la mano y la cintura de una manera significativa.

La infeliz, en lugar de mirar indignada á aquellos seductores de oficio, á aquellos hombres sin corazón ni conciencia, se reía con ellos como una niña con sus hermanos, y los miraba llena de júbilo y placer.

La inocencia no sabe prevenirse contra los ataques de la perversidad.

Estaba en esa edad en que todo parece bueno, sencillo, puro y apasionado á la vez.

En que el aliento del hombre halaga sin quemar, en que sus amantes frases son acogidas con el alma y no con los sentidos.

Todo era en ella espiritual. ¡Qué entendía de ficciones, ni de seducciones, ni de engaños?

¡Cómo penetrar los arcanos del corazón de los hombres de sociedad?

De esas abejas ponzoñosas que van á buscar víctimas en las reuniones del pueblo, donde tanta muchacha ignorante se engrie y goza en la idea de ser amada algun dia por uno de esos galantes caballeros.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La variacion de temperatura nos sorprende todavía en las aguas ó en el campo, y para dejarla burlada la moda decreta la franela. Las vestas y los mantos son, pues, de franela rayada, cuadrilleada ó mosqueada de colores vivos sobre fondos blancos. Los adornos no pueden ser mas sencillos, consistiendo en un ruche de lana y gruesos botones de nácar. Las elegantes, desdeñando los cuadros y demas

fantasías, adoptan francamente lo liso, sobre todo en encarnado, reemplazando los ruches de lana con piquillos de seda negra y blanca.

La franela blanca y el muleton de lana empleados igualmente, es, en nuestro sentir, lo mas lindo, formando la parte importante de su adorno los botones lisos de nácar y las gruesas bolas de acero. Nada de trajes de seda para los baños de mar; lo admitido es el pelo de cabra, el linon, el mohair, la alpaca, y sobre todo el foulard. Estos sencillos tejidos se confeccionan con suma coquetería, merced al modo de adornarlos, y podemos citar un traje (vestido y cuello) en pelo de cabra tornasolado de azul y blanco, guarnecido de gruesos encañonados en tafetan azul; otro encañonado lleva al borde de la falda, y el segundo formando túnica. Otro traje (falda y frac) de alpaca blanca, adornado de mariposas bordadas de vivos colores; y otro de linon gris plata con montantes denteados en tafetan grosella.

Los albornoces reaparecen; particularmente en cachemir punzó son los mas elegantes para la orilla del mar. Llevan capuchón á la antigua bordado al pasado, y se guarnecen de altas franjas lama.

El foulard es siempre el tejido predilecto, liso ó á rayas cutí, á damero como el tafetan, ó bien á ramitos Pompadour. Compone maravillosos trajes, cuyos adornos varían segun las disposiciones. Sobre el pungé de un blanco tan puro y deslumbrador, el mejor adorno son los entredoses de terciopelos negros bordados de paja y terminados por cascabeles idem. Lo mas encantador es un entredos de guipure sobre cada paño formando guirnalda en el bajo. Las disposiciones á damero, algo mas descuidadas, se dejan lisas ó bien con puntas de tafetan del mismo color. El foulard á ramitos no exige adorno, siendo de por sí bastante rico para poderlo llevar liso. Todos estos trajes se levantan sobre enaguas tambien de foulard igual al traje, y guarnecidas en conexión; este es el gran género, de manera que el vestido forma simplemente el efecto de una segunda falda.

Los sombreros pequeños han reemplazado á los grandes, y solo la cuestion del bavolet permanece indecisa, pues unas lo llevan y otras lo suprimen completamente. Para conciliar ambos extremos han hallado el medio algunas modistas de colocar un viés

que merezca nuestra aprobacion. Un sombrero sin bavolet parece cortado y sin terminar, en tanto que mediando un género intermedio satisface los deseos de las que lo proscriben, y complace á las que optan por conservarlo. Cuatro cocas de cinta muy anchas ensanchándose y guarneciendo la nuca, producen un agradable efecto.

Gozan del mas alto favor los adornos de colores vivos, así como los bordes de las faldas denteadas.

Es todavia muy aventurado el anunciar para el próximo invierno los trajes bordados con dibujos imitando el encaje, género de maravilloso efecto sobre el tafetan ó el raso de color. Dicen que el encañado estará en boga; en este caso será preciso no ó aun abusar del negro, á fin de atenuar algun tanto tan vistoso color. Por fin nada puede afirmarse pues todo lo dicho no pasa de ser vagos proyectos todavia lejanos.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de alpaca, color de tala, adornado en el bajo con una cinta de tafetan y otras alternativamente largas y cortas, que se prolongan todo alrededor. Paletot de la misma tela con iguales adornos. Sombrero blanco con flores blondas.

Segunda figura. Vestido de pelo de cabra á rayas. Un encañonado de la misma tela, ribeteado en el borde con una cinta encarnada, adorna el bajo de la falda en una tira seguida, y formando arcos. Cuerpo alto liso, cerrado con botones encarnados manga de codo. Adorno en conexión. Sombrero parecido al color del vestido, con bavolet, bridas y adornos encarnados. Flores y hojas verdes en el interior.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SÁEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubaut, calle del Pez, núm. 6, principal.



Muse Imp. r. St Louis en l'Île, 90, Paris.

1114

LES MODES PARISIENNES



S
plic
col
N
pat

Impo
y n
ria
rie
(po
dor
vis

IMPO
PR
MA

Re
giste
bilita
No
educa

(1)